

Cuadernillos de poesía colombiana

2

Rafael Maya

ESTUDIO Y SELECCION DE EDUARDO CARRANZA

Ediciones de la revista *“Universidad Católica Bolivariana”*

BIOGRAFIA MINIMA

Rafael Maya nació en Popayán el 19 de marzo de 1898. Estudió en la Universidad del Cauca. Ha sido Rector de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Desde hace varios años reside constantemente en Bogotá. No ha viajado fuera del país. Ha dirigido "La Crónica Literaria" de "El País" y "Cuadernos Literarios" de "La Razón". Actualmente rige cátedras de literatura en varios colegios de Bogotá.

OBRAS DE RAFAEL MAYA

Ha publicado:

Poesía: "La vida en la sombra" - "Coros del medio día" - "Después del silencio".

Prosa: "El Rincón de las imágenes" - "Alabanzas del hombre y de la tierra" - "La Iglesia, la Eucaristía y la Cultura".

Prepara:

"Los siete colores" - Poesía. "Alabanzas del hombre y de la tierra", 2º volumen.

Rafael Maya

1

Rafael Maya, ciñéndose con una hermosa fidelidad a su vocación— en todo el sentido tremendo con que la mística ha henchido este vocablo— ha sido el artista de su generación. En su vida se nos ofrece un ejemplario de virtudes intelectuales, un esbelto registro de las más bellas temperaturas humanas. Línea pura. Cada uno de sus minutos tiene el perfil de un anhelo de superación. Su juventud avanza con esa tensa, sutil y cálida voluntad de la cuerda apenas estremecida bajo los dedos de la música. El propio ritmo de su espíritu, volándole a la altura de los oídos, se los tapó para que no escuchara—Ulises por océanos de belleza!—la voz espumosa de las sirenas políticas. Y en realidad se necesita un heroico temple para decidirse a ser artista en Colombia y arrojarse por las azoteas de la creación poética: ya sabemos que nuestra democracia reserva sus guirnaldas de aplauso y las felpas de su mimosidad para los electores con fortuna, para los caudillos jacarandosos de zamarros y garrotín, para los arribistas de todos los colores, para los caballeros de industria en trance de hacer política, para cualquiera que instale una poderosa radiodifusora de odio o module airosamente el do de pecho en las plazuelas de la agitación demagógica. Maya tuvo el valor de volverle la espalda al vientecillo insidioso de la fácil gloriola, y desde su “vida en la sombra” hemos visto levantarse el día cierto de su obra como una torre de claridad. “Con la raíz del sueño marcada en la frente” y su claro destino escrito en la más clara palma del aire, sigue entregándonos su eternidad hecha poesía que no habrá de pasar mientras el canto ejerza sobre los hombres la divina fascinación—fugaz y eterna—de ese vuelo de mariposa que detiene el llanto de un niño.

2

Rafael Maya es un clásico nuevo. El criterio simplista con que se resuelve entre nosotros la mayoría de las cuestiones literarias, ha venido acumulando sobre el concepto de lo clásico toda una serie de interpretaciones equivocadas. Oímos insinuar con frecuencia alarmante que classicismo es sinónimo de frialdad, de apolillamiento, de cosa apergaminada y sin ventanas sobre lo moderno, matizado y veloz. Esta falsa apreciación se enreda en las inteligencias con la vaga tenacidad de una niebla. Es ya casi un lugar común. Y debemos desconfiar siempre del tópico; verdad desteñida, cuando no mañosa falsedad. El lugar común es una semi-verdad instalada en el cómodo butacón de diez palabras que han alcanzado

un general asentimiento, y la verdad para conservar su fiereza, necesita de cierta beligerancia permanente: de lo contrario se va tornando borrosa y adiposa.

El clasicismo es sencillamente el equilibrio entre lo vital y lo formal, la perfecta correspondencia entre el impulso creador y la expresión artística: lo sentimental ciñéndose exactamente al modelado de lo intelectual. Es tan erróneo identificar lo clásico con lo puramente intelectual como asimilar lo romántico a lo únicamente sentimental. En la obra literaria intervienen los dos elementos, acoplándose de una manera incon-sútil. Solamente que el desequilibrio a favor de la sensibilidad, de los factores cordiales, se llama romanticismo, y el desequilibrio a favor de la inteligencia, de lo puramente especulativo, conduce a una especie de pseudo-clasicismo. El verdadero artista al superar el clima espiritual de su época a lo que convencionalmente se llama la escuela, al romper los moldes de lo establecido e intuir nuevos horizontes de belleza, se hace clásico: es que por encima de las teorías y de las tendencias está la presencia o ausencia del artista. En esta forma puede haber tanta raíz de clasicismo en Juan Ramón Jiménez—pianco soñando la tarde, fantasía nebulosa, nebulosidad fantástica—como en las aéreas arquitecturas de cristal y pétalos que habitan los ángeles de Rafael Alberti, o en la perfecta geometría de un soneto gongorino. Sólo importa la presencia de esa “poesía de los poetas” de que habla Gustavo Adolfo Bécquer, nuestro celeste abuelo. Lo clásico, ya lo dijo alguien, es lo eterno: lo de ayer y lo de hoy. Lo humano, podemos añadir, y, por tanto, lo universal. La revolución dentro de la tradición. Rafael Maya se mueve en el mundo poético apoyado en lo tradicional y con una mano sobre el corcel alado del futuro. Por eso en él hay un clásico nuevo, un poeta de siempre.

3

En la obra de Rafael Maya sorprende la persistencia de una personalidad que no pagó tributo a los estridentismos de post-guerra, que nunca se columpió en el trapeo exhibicionista, que eludió el efectismo colorinesco, la lírica malabarista y el calambur nacionalizado con falsos pasaportes en la comarca del canto. Una profunda disciplina y un diáfano sentimiento de responsabilidad intelectual le entregaron ese tacto vigilante con que ha venido eludiendo cuantas dudosas adherencias pretendieron instalarse en su propio temperamento. El ha venido verificando maravillosamente el paso al través de la hoguera. Así su obra se nos ofrece de una perfecta unidad: equilibrio inteligente, pura construcción, ímpetu mesurado; sus poemas tienen esa serenidad de la llama, ardiente en su melodiosa ordenación hacia arriba. El fuego, el aire, el agua que arquea su brazo de frescura sobre el talle de la tierra, todas las fuerzas elementales se bañan con una luz seráfica en su poesía. Casi podría decirse que los objetos mismos están cantando su silenciosa perfección esencial. La fresca palpitación del mundo está en pie en el surtidor de cada verso. Las palabras adquieren una calidad espiritual: su levedad alcanzaría a pesarse en “una balanza de música”. La imagen nace con la naturalidad de un arroyo. Y hay altas mujeres asomadas sobre la orilla de

su canto. En sus versos se respira un anchuroso movimiento de fuerza y de gracia. Llega un instante en que el poema parece colmar todo el ámbito de nuestra receptibilidad melódica como esa música de órgano en que se ha recostado la voz de Dios. Luégo lo sentimos subir, crecer sobre nosotros, abrirse en círculos envolventes, en ondas, en olas de alorado rumor. Música en éxtasis, o un éxtasis que se resolviera en "delirios vertivales", en flecha acongojada de cielo, en saeta de música, traspasadora. Algunos cantos de Rafael Maya nos dejan la sensación de hallarnos bajo un invertido cono infinito de melodía.

4

En una reciente y muy aguda disertación en torno a la poesía de Rafael Maya, otro finísimo poeta, Gerardo Valencia, apunta estas sagaces consideraciones: "Con el compás del verso clásico midió Rafael Maya su emoción poética. No es un escritor arrebatado, cercano a la angustia humana, como lo es por ejemplo Porfirio Barba Jacob. Desde los sonetos de "La vida en la sombra" hasta los poemas dialogados de su último libro, Maya nos conduce serenamente en una barca que evita tempestades con la solemnidad de esos grandes trasatlánticos en donde todo está calculado y medido con precisión matemática, y que apenas si producen una leve inclinación sobre la revuelta indecisión de los oleajes. Lo mismo que Guillermo Valencia, Maya no recoge nuestra pequeña voz humana sino la voz lejana de los antiguos dioses".

Esta sabiduría de la pausa y la medida, este dón extraordinario de cautela y ecuanimidad—que se acentúa de manera especialísima en "Después del silencio"—comunica a su obra un encanto sereno y seguro de "belleza premeditada". Tenemos la impresión de que todo, los más simples matices vocabulares, las más delgadas sugerencias metafóricas, las más leves ondulaciones del ritmo, están medidas—premeditadas—, para contribuir al gozo final, a la satisfacción última de la perfecta arquitectura poemática. Todo es allí definitiva maestría, tranquilo dominio de domador triunfante. Están excluidos el estremecimiento profético, el vático delirio de labios clamantes y brazos levantados. Sin caer en el peligroso extremo de los vertos alquitaramientos mentales que hacen de la poesía un impávido juego de la inteligencia. Freno y espuela, según la antigua norma clásica. Y—cosa admirable—los poemas de Maya aun bajo esta inflexible monarquía de la inteligencia—conservan su ancho ritmo libre de palpitación marina.

y 5

Reiteramos hoy nuestra admiración por Rafael Maya: el joven maestro de juventudes, el más fino letrado de Colombia, el más poeta entre nuestros poetas de las últimas generaciones y una de las más altas voces, en pureza y en belleza, de la moderna lírica española.

Eduardo CARRANZA

La mujer sobre el ébano

LA PIEDRA
EL
LA SOMBRA
LA HIERBA

In memoriam S. T. R.

LA PIEDRA

—Yo fui engendrada en la noche,
lejos de las riberas de la luz.
Soy ciega porque la sombra horadó mis pupilas
para conservar en sus cuencas
el agua que lloran las flores de la nube.
Mi sueño pesa sobre el mundo.
De mis entrañas han nacido las ciudades.
Me curvo como el dorso de una bestia
para estrechar, sobre el agua y sobre el vértigo,
la amistad salvaje de dos rocas.
También guardo la estrella
que brota de mi flanco herido
como se escapa el relámpago de su caja de ébano.
Canto la destrucción,
y rompo la frente constelada de piedras lumínicas,
pero hago imperecedera la lágrima
que cayó sobre la tierra
como la semilla de un astro inmemorial.
Hoy me traes a la muerta,
a la inolvidable criatura
en cuya faz de hielo aparecen ya las primeras violetas.
Tiene los párpados cosidos
con el hilo que labran los ángeles subterráneos,
y en su boca que se colmó de palabras
dulces, como una flor se colma de rocío,
hay una gema invulnerable que la consagra al silencio
como si fuera la novia de la sombra.

EL

—Buena piedra, yo te saludo en la mañana

que tiembla sobre el mundo como un gran puente de zafiro.
Conozco tu dura estirpe
porque contra tí se rompió mi esperanza muchas veces,
y tú te me ofreciste en lugar del pan,
mezclando en mi boca tu áspera levadura
al sabor de las hierbas amargas.
Pero hoy vas a ser blanda como una gavilla
de heno, porque te traigo a la muerta,
a la mujer que fue más frágil que sus propias pestañas,
y más suave que sus túnicas de hilo.
Vas a guardarla, buena piedra,
inmune a la avidez del gusano,
perfecta en su color, como las nubes altas,
y rodeada de sus perfumes como de una atmósfera sensible
que renueve constantemente la humedad de sus ojos.

LA SOMBRA

—Yo rodearé la piedra
con mis legiones unánimes de ángeles ciegos,
para vigilar su sueño del que fluye la paz a modo
de un gran río de aceite lleno de esquifes musicales.
Tejeré con mis dedos,
acostumbrados a pulir el diamante,
una veste más rica que las túnicas donde se extingue la luz,
y desfallecen las primaveras terrestres
en la sonrisa de la seda, que nace y muere al mismo tiempo,
y la teñiré con los jugos activos
que se decantan en las entrañas de la tierra.
Y, ni vestida por las flores,
bajo el cielo del alba que desata su guirnalda de alondras,
la verás tú más bella que en la cámara subterránea
donde la muerte ha congelado el agua de todos los espejos.

LA HIERBA

—Yo, la humilde, huésped liviana del camino,
la virgen hollada no obstante mi corona de perlas,
le hablaré de la luz y del campo,
y de los pájaros que llevan una canción como las barcas.
Transmitiré hasta sus huesos todas las vibraciones cósmicas.
Seré el conductor de los fluidos vitales
que mantengan latente el ritmo de sus arterias,
y a su corazón vigilante
le diré la verdad del día
y el secreto que guarda la boca dura de la noche.

EL

—Buena hierba, yo te saludo en la mañana
que cierno a través de sus dedos de cristal

la arena de oro depositada en los cauces celestes.
Saludo tu estirpe numerosa
que predica por toda la tierra la virtud de las semillas,
y ha tomado posesión del valle y del monte
a nombre de la luz eternamente creadora.
Salud, buena hierba. En su barca de ébano,
entré la marea de la luz que yergue sus espigas vibrantes,
llega a tí la mujer cuyo sueño flota sobre sus párpados
como una nube de verano
sobre un pueblo inocente por cuyas calles corre el agua descalza
con su carga de sol y de frutas.

LA PIEDRA

—Yo la espero desde la noche
en que la palidez se introdujo en sus venas
como una onda láctea que la emparentó con la luna
de invierno. Desde la noche en que su piel,
bañada de una sangre más rica en calor que el vino,
tomó la blancura del nardo
que disuelve la aristocracia de su anemia entre el agua.

LA SOMBRA

—Yo la espero desde la tarde,
en que sus ojos, siempre fieles al suelo
como los ojos de las bestias familiares,
comenzaron a captar sólo imágenes sobrehumanas.
Sus ojos! Molície de terciopelo
con relámpagos perezosos de humedad y de llama.
Mórbido infierno donde ardía tu espíritu,
en combustión de aromas,
como el cuerpo de un mártir en una hoguera de resinas.
Honda noche de raso
luctuoso, batida por un cierzo de lágrimas,
entre la parpadeante agonía de las estrellas desnudas.

LA HIERBA

—Yo la espero desde que sus manos,
llenas de signos oscuros como el dorso de las esfinges,
se abrieron hacia la tierra
con fatiga infinita después de haber sostenido
las copas donde la vida vierte su vino y sus canciones.

EL

—Oh piedra, oh sombra, oh hierba,
ya es vuestra. Ya va a integrarse a los elementos
primordiales, a las materias puras

donde irradiaba la luz de la conciencia universal.
Es vuestra. Arrebatada a las horas
terrestres, que hacen mover el índice de la sombra,
ya pertenece al tiempo inmóvil
cuyos cristales congelados sólo copian cosas eternas.
Y sin embargo, fue bella cuando ordenaba sus actos
a la música perecedera del día.
Cuando entre todo lo frágil, en su reino de mariposas,
era vulnerable a los filos del aire
y a las antenas de la luz que podían herirla mortalmente
como a una flor acribillada por las agujas del crepúsculo.

LA HIERBA

—Coronada de sol, como un árbol,
vestida de azul y de viento bajo el engaño de las nubes,
yo la vi pasar rigiendo todo el paisaje
que era una melodía desmayada sobre las cuerdas de los sauces.
Se encendía la atmósfera
en torno de su cabeza coronada de cabellos violentos.
Parecía una Victoria destinada no a la galera heroica
sino a la columna del lecho donde la sombra acalla el gemido
del amor, más profundo que el arrullo de las palomas.
Yo la vi pasar, armada del arco guerrero,
despojando los árboles donde la vida cuaja sus frutos,
para embriagarse de miel como las abejas
que transportan jardines a través de las noches doradas.
La tierra le era tan querida como sus sueños,
y al erguirse, a modo de las criaturas vegetales,
proyectaba sobre el césped la misma sombra de un arbusto.
En las horas atónitas, durante la agonía del cielo,
había en sus labios cerrados una mudez semejante
a la mudez de la selva donde ha muerto un pueblo de pájaros
sin haber aprendido las canciones nuevas del alba.

LA SOMBRA

—Yo la vi bajo el esplendor rosado
de la pantalla que vertía sobre sus mejillas
el fulgor de un otoño casi excesivo en la riqueza
de sus hojas. Su rostro estaba grave
como el de un ángel inclinado sobre el espíritu de un hombre.
Más allá, la noche era cruel y pesada
como un ídolo. Sin embargo, había una piedad inmensa
en la voz de la tierra cuando anunciaba el nacimiento
de una flor, que era adorada por los pastores.
Ella, las manos sobre el libro,
sentía fluir las horas con el propio ritmo de su sangre,
y su silencio y los espacios de la página
eran la misma cosa bajo el arco sereno de su frente.

LA PIEDRA

—Yo vi su desnudez ligera
dorar la alcoba, como la luna un puerto nocturno.
Parecía que de sus hombros
arrancaran dos llamas para iluminar su cuerpo,
y que toda ella, desde la raíz de las vértebras
hasta el nácar mínimo de las uñas,
participase alegremente de la energía elástica del fuego.

EL

—Oh piedra, oh hierba, oh sombra,
ya es vuestra. Se han roto sus coyunturas
para que caiga sobre el fondo de ébano,
cuajada en un silencio azul de hielo compacto.
La que fue toda ritmo, la espira de marfil y de rosa,
está presa dentro del círculo de la danza
y en pliegues patéticos cae el velo desde sus hombros.
Sí. Vendrán para la tierra joven
nuevos bailes y nuevas tribus de golondrinas,
y ella estará inmóvil. Vendrán otras canciones
a rebosar las noches con su anónima ternura,
y ella no podrá oírlas. Vendrán lejanas voces
de niños, anunciando las estrellas del alba,
y ella estará muda. Habrá fiestas sobre la tierra,
y el beso cambiará de gusto
en la perpetua renovación de los trajes y de los vinos,
y ella seguirá con su túnica pobre
y su peinado enriquecido de luces falsas,
como una sombra detenida al margen de un gran espejo.
En vano las rútiles mañanas
quebrarán su diamante sobre la piedra de la nube,
porque ella no saldrá, bajo el cielo,
a recibir la unción dorada en sus brazos.
En vano la tarde, poblada de voces hondas,
morirá de una pena de flores y una ausencia de lágrimas,
porque ella no vendrá a perfumar sus manos
en medio de la hierba, para recibir el primer lucero.
En vano la noche—oasis cálido—
enviará su concierto de ácidas flautas perezosas,
porque ya la sombra invadió su lecho
como el agua que cubre un arrecife de jazmines.
¡En vano he de gritar contra el muro de bronce!
¡En vano he de pedirla a los demonios o a los ángeles!
¡En vano! La mujer reposa sobre el ébano.

En las primeras horas

Este suave temblor,
este misterio, esta visión,
esta vaga vislumbre de candor,
este dulce comienzo de oración;
este vasto rumor
que sale del nocturno corazón;
esta trémula voz,
esta brisa despierta y este olor;
esta clara canción
que sube hasta los cielos, como Dios:
este apacible són
de flauta cristalina y caracol;
esta vaga ambición
de libertad, este calor
que nos llega al espíritu, este dón
de simpatía universal, qué son,
oh hermano?

Y el hermano respondió:

Es que ya
viene la
Aurora.
Tiembla como un cristal
al borde del abismo sideral.
Lleva el astro de luz confidencial
que vio Dante inmortal
al salir de la cárcel infernal.
La orla de su manto celestial
se agita sobre el sueño terrenal.
Empieza a despertar
la pureza del cielo angelical.
Todo se santifica a esa señal
de luz.

Y sube el mar
a lavar la ciudad.
Oh, hermano, va a llegar
el Rey. Apága ya
la lámpara de humilde claridad

que alumbró nuestra mesa fraternal.
Póstrate en humildad
y réza tu oración universal
por la alegría de crear,
por la pequeña dádiva del pan,
por la humana maldad
y por el gozo singular
de pensar
y soñar.
Escucha la campana triunfal.
Hendida está la losa sepulcral.
Cristo sale de un huerto matinal.
Oh lento florecer
del mundo. Oh primavera siempre fiel.
Oh dicha de creer
en Dios y en la mujer.
Oh perenne verdura del laurel.
Oh fresco manantial de la aridez.
Oh plenitud del sér.
Oh locura de ver.
Hermano, hay que encender
nuestra esperanza en este amanecer,
y lograr la embriaguez
en la copa de miel.
Ya caen a nuestros pies
las frutas en su plena madurez.
Tiembla el fuego solar como una red
de oro. Entre la mies
corre el agua propicia a nuestra sed.
¡Vamos a poseer
la tierra en su completa desnudez!

Invitación a NAVEGAR

“Navigare necesse est.”

Cuándo, cuándo llegará el día
en que me diga: Es necesario
navegar. Alísta una nave
que tenga un timón y un palo
para colgar la vela nómada
que ha de perderse en el mar ancho

Mi raza lleva en la frente
el imperativo mandato.
Después lo grabó en su escudo
un poeta que fue corsario,
y puso un ángel con un remo
y una torre que eleva un faro.

La tibia noche de mi infancia
oyó una historia de naufragios
en que mi abuelo, que tenía
un corazón de Ulises bárbaro,
murió de viejo en una isla
comiendo dátiles dorados.

Vino después el mar medido
con el compás del verso clásico:
indómitas naves de Grecia
volaban al naval asalto,
y la memoria toda ardía
con la ciudad de los troyanos.

Rítmicos grupos de mujeres
mi adolescencia despertaron
en forma de sirenas jóvenes
que llamaban mi esquife raudo
haciendo sonar en su escollo
los caracoles encantados.

Y en la dulce fiebre que flota
sobre una noche de verano,

siempre vi ciudades lejanas
curvadas a modo de un brazo
para estrechar un golfo donde
se duplican faros fantásticos.

Y este dón del interno ritmo
que ata palabras como ramos,
es lejana reminiscencia
de la marea, y de los cantos
que entonan los viejos marinos
balanceándose sobre el barco.

Pero yo nací en una urbe
hecha de granito y de mármol,
con escudos de piedra tosca
que unen la clave de los arcos,
y llena de polvo y de huesos
como un antiguo catafalco.

Lejos del mar! Altas colinas
estrechan, mudas, el ámbito.
El tiempo mismo allí conserva
su virtud de encaje plegado,
y de la espada de un guerrero
cuelgan los hábitos de un santo.

Cuándo, cuándo llegará el día
en que me diga: Es necesario
navegar. Alista una nave
que tenga un timón y un palo
para colgar la vela nómada
que ha de perderse en el mar ancho.

Yo partiré. Nubes alegres
me trazarán un rumbo claro.
Se esfumará la playa como
el curvo vuelo de los pájaros,
y ya solo tendré delante
los mil caminos del espacio.

Y he de gritar: Adiós, oh tierra
amasada con polvo y llanto
bajo la furia de tus cielos,
y cruzada por ríos amargos
que te ciñen a la cintura
el viejo sayal de los campos.

Tú me diste tu rojo vino
exprimido en diáfanos vasos,
y abriste tus follajes verdes
para refrescar mi cansancio,

y fui tan rico bajo un árbol
como un monarca en su palacio.

Me labraste lechos de cedro
para el amor. Bajo los astros
vi mujeres de muchas razas
desnudando su cuerpo blanco
que proyectaba sobre el mundo
la sombra del dolor humano.

Corté la caña que se alza
en la ribera de los lagos
para cantar penas antiguas
o venideros desengaños,
y, sobre el cielo o el infierno,
cada verso quedó temblando
como con el peso de un ave
suele doblarse un junco largo.

Ah! mas nada será bastante
a detenerme. Un viento extraño
silba. La bruma se despeja.
Clavémos el mástil gallardo
para colgar la vela nómada
que ha de perderse en el mar ancho.

Las aleores compañeras

**EL HOMBRE
PRIMERA COMPAÑERA
SEGUNDA COMPAÑERA
TERCERA COMPAÑERA
CUARTA COMPAÑERA
CORO**

PRIMERA COMPAÑERA

—Hombre ciego que eres
sobre la tierra hostil como la sombra
de un sol que iluminara otras esferas:
Yo vengo a revelarte tu destino,
a descubrir la llama que palpita
entre tus venas y que mueve el mundo
de tu pequeño corazón hambriento.
Yo vengo a colocar sobre tus sienes
la corona de estrellas, que otro tiempo,
selló tu señorío sobre la tierra
y tu imperio absoluto bajo el agua.
Vengo a poner la Fuerza entre tus puños
como pone la noche su relámpago
en las ciegas pupilas del abismo.
Soy el poder que se te ofrece a modo
de un río para que vaya tu esperanza
a conquistar las tierras prometidas.
Soy la dominadora, la que vence
toda opresión, y de los torpes sueños
y de la inercia de la carne sorda
surge transfigurada en el arcángel
que inflama el éter con sus raudas alas.
Si tú me tomas sentirás que el héroe
revive en tí, con su vigor nativo,
y con sus ojos cósmicos que amplían
la divina expresión del universo.

Volverás a la fuente originaria
del valor, donde pulen sus escudos
los imberbes guerreros del espíritu,
y que en lugar de las estrellas castas
sólo copia la luz de los aceros.
Brotarán de tu sér, con vivo impulso,
nuevos deseos que coronen tu alma
de un círculo de nubes pensativas.
Y tu sueño interior tendrá rumores
de selva que germina por la noche
bajo el influjo de las fuentes mudas.
Tu canto volará desde la tierra
con ímpetu viril en que se mezclen
una dura mecánica de ritmos
y un alboroto eglógico de voces.
Y acaso en una noche perfumada
de cedro y de nostálgicas memorias,
como la alcoba de los reyes muertos,
mi vientre puro como el lirio y fuerte
como la roca donde nace el hierro,
se romperá para ofrecerte un hijo
que restaure con púrpura divina
la flor de tu linaje decadente.

EL HOMBRE

—Oh compañera, oh compañera
fuerte, oh mujer en cuyos senos
no se acendró la leche materna
sino el áspero vino que embriaga a los dioses.
Tú me convidas a la faena heroica,
al terrible ejercicio del triunfo,
a la conquista de la tierra
que muda de estaciones como de trajes
en su fecunda y húmeda condición de hembra.
Ofreces revelarme la imagen
de mi sueño, copiada en el agua terrena,
o en la potente mitología de las nubes.
Quieres que aprisione la esfera
del canto, cuya órbita escapa a mis ojos
como la trayectoria de un cometa.
Pero ignoras que en mis entrañas se ha secado
la raíz de la fuerza,
y que mi puño, como las urnas de pino,
sólo guarda ceniza muerta.
Véte a tentar, con el imperio de tus sienes,
y de tus senos que guardan su flor perfecta
al conquistador que afila
sobre la tierra el acero de su violencia.
A mí, la criatura humana

hecha de carne dócil y de terrestre miseria,
y semejante a un arroyo que conduce
el polvo y las hojas de una floresta agotada.

SEGUNDA COMPAÑERA

—Aquí estoy con mis pálidas mejillas
y mis ojos cargados de nostalgia
como el campo en las tardes amarillas
Mi carne sabe bien de tus secretas
ansias, y se halla toda macerada
en un vino de mirra y de violetas.
Mil noches han vertido sobre ella,
junto con el veneno de la sombra,
el aceite dorado de la estrella.
Y no hay río de vida que no encuentre
su cauce al mismo tiempo que su origen
en el moreno valle de mi vientre.
Debajo de mis brazos se perfuma
la noche, y sube hasta mis labios áridos
mi pobre corazón hecho de espuma.
Muchos murieron por mis senos presos
en red de oro, y envolví mi carne
en impalpable túnica de besos.
Y ese que abandonó la fértil vega
buscando el arenal fue porque un día
puso en mis manos su esperanza ciega.
Dogales que se cruzan por mi blanco
seno, las venas son. Cuántos murieron
ahorcados de placer sobre mi flanco!
Como el ave en la tierra de las éras,
las garras del insomnio se han hundido
en la cóncava azul de mis ojeras.
Y al pie de la pantalla agonizante
con la daga del sol he cercenado
cada día la testa de un amante.
Tómame. Soy la juvenil criatura
que bien pudiera destruir un mundo
con cada gota de su sangre impura.
Sobre la carne de mis senos plasmó
la eternidad, y hago girar la vida
bajo el látigo frío del espasmo.
Sobre mi frente luce la demencia,
y acaso pueda circundar de imágenes
el final de tu regia decadencia.

EL HOMBRE

—Oh compañera, oh compañera,
muerta mil veces y otras tantas resucitada
en el violento sacrificio que empobrece la sangre eterna.

El sudor que baña tus flancos,
mientras la fiebre te va encerrando en su floresta
roja, te ha envilecido como a la esclava
cuya cintura, antes ágil, soporta ahora una cadena.
No es a tí a quien yo busco recorriendo
los círculos, ora verdes o secos, de la tierra
sino a la dulce criatura, de blanco vestida,
que trae el mensaje de la estrella
y la enorme pureza del mar en el cerco breve
de su frente semejante a la luna nueva.
Bajo el antiguo sol de sus ojos
duerme entre lirios mi valle de inocencia
con arroyos paradisiacos que copian
el orbe puro flotando en el alba primera.
No más la succión ominosa
en que se ejercita tu boca siniestra,
casi negra y maldita como la sangre
que se compacta en el filo de una espada vieja.
A mí, la suave caricia
de una mujer en cuyo rostro de almendra
anuncia su gloria el cielo de la mañana,
como el mundo su júbilo en los estandartes de seda.

TERCERA COMPAÑERA

--Mi veste diáfana he lavado
en un golfo de agua lustral
para acudir a tu llamada,
hombre mudo en la oscuridad,
sobre cuya frente gravita
la piedra de la eternidad.
Tus manos cargan las cadenas
que sólo pudo remachar
sobre la piedra del infierno
el negro arcángel Satanás.
Yo vengo, armada de mi lirio,
tus fuertes hierros a limar,
y a despejarte el alma como
una ventana frente al mar.
No escucharás cantos de muerte
ni honda campana sepulcral,
ni el coro de voces esclavas
detrás del arado tenaz,
sino, en doradas lejanías,
el himno de oro y de cristal
que anuncia la clara presencia
de Dios en el vino y el pan.
Yo forjaré para tu espíritu
el sonoro escudo radial
que refleja la faz de un mártir

entre los lirios del altar.
Y para que entres en mi reino
—que preside el arpa real—
levantaré sobre el abismo
un puente de luz teologal.
Despejaré para tus ojos
la oculta y cándida bondad
que alimenta la llama trémula
de cada existencia mortal,
y la armonía que hay oculta
en tanta palabra fugaz
que sólo aclara su sentido
bajo el signo crepuscular.
En la corriente de tu sangre,
que nutrió el campo y la ciudad,
separaré el fermento oscuro
del rico glóbulo ancestral
que, del fondo de los sepulcros,
te da sus flores de piedad
y empuja tu vida hacia el tiempo
como una hélice vital.
Renovaré todas las células
de tu vieja piel incapaz
de registrar el leve roce
del espíritu matinal,
y te daré la carne pura
del pequeño fruto en agraz
que muestra la flor de su pulpa
entre el estuche vegetal.
Y, ya tocado de mi gracia,
sobre la tierra tu serás
el hombre que vuelve a la vida
como a la fuente original.

EL HOMBRE

—Oh compañera, oh compañera,
que vienes con la luz como la alegría del campo
cuando empiezan a despertar las hojas nuevas,
llenas de agua como las barcas rotas.
Compañera divina sobre cuya cabeza
pone la luz un casco de plata
que deja, no obstante, rodar el oro de las trenzas
como el ámbar que fluye de la corteza odorífera.
Beso tus pies que la rosada primavera
suele trabar con lazos de flores
para dejarte aprisionada en la baja tierra
como alondra que cae entre una zarza florida.
Beso tus manos que sólo se doblegan
al peso de la vara de lirios

que anuncia el dorado tiempo de la promesa.
Beso tu frente, circuida de luceros,
de donde manan arroyos de luz sempiterna
para lavar los oscuros cauces de la noche.
Ah! pero ofusca el resplandor de tus huellas
a mis ojos vacíos de cielo,
y hay demasiado polvo en mis plantas
para hollar la blancura de tu escala aérea,
¡oh virgen melódica! en lo alto nacida,
del vientre impoluto de una estrella.
A mí, la mujer apacible,
que en el numeroso ritmo de sus venas,
mueve su corazón carnal alimentado
de jugos terrestres lo mismo que una selva.

CUARTA COMPAÑERA

—Como dorado fruto que aparece
en medio del ramaje, en la cercana
huerta, de esa manera respandece
mi sonrosado rostro de manzana.
No soy la hija de la alcoba impura
nacida de los gritos conyugales,
sino raza del sol, una criatura
hermana de los verdes vegetales.
Para crearme concurrieron todas
las causas amorosas. Soy el fruto
universal de universales bodas:
en mí convive el ángel con el bruto.
De abiertos campos donde crece el heno
la honda humedad mi corazón encierra,
y hay que buscar en mi profundo seno
el origen divino de la tierra.
Yo guardo el equilibrio misterioso
de la luz, y converge a mi pupila,
en la forma de un rayo silencioso,
el eje de la bóveda tranquila.
No conservo señal de pensamiento
ni ha llevado otra carga mi cabeza
sino el rocío que condujo el viento
desde el valle cubierto de maleza.
Mi cuerpo mismo, por el sol vestido,
es un otoño mórbido de aromas,
y en mi vientre sedoso hacen el nido
cada noche, parejas de palomas.
Si al campo de oro en la mañana acudo,
al hundirme en las aguas diamantinas
siente mi pecho, entre el cristal desnudo,
el lejano temblor de las colinas.
Y veces hay, cuando el calor enerva,

que hundo la concha de mi oreja rubia
entre el áspero nido de la hierba,
y oigo el trote distante de la lluvia.
Aquí estoy. Si tu pulso se amortigua,
si cruje el arco que tendió tu anhelo,
mi gracia te dará la fuerza antigua
en el duro contacto con el suelo.
Yo alumbraré tu noche memoriosa,
no con lumbre de pálidos fanales,
sino con la linterna milagrosa
bien repleta de aceites vegetales.
De este modo la llama transparente,
que es voluble y sutil como la hembra,
pondrá sobre los sueños de tu frente
el cálido reflejo de la siembra.
Cuando la bruma de los ríos lejanos
desde la fértil hondonada sube,
yo te daré en la copa de mis manos
el agua azul de la primera nube.
Y en la tarde nostálgica que deja
su temblor de tranquilas pastorales,
su sorda angustia de campana vieja
y su orfandad de vagos manantiales,
yo estrecharé contra tu fino oído,
como un gran caracol, que el mar encierra
el corazón eternamente herido
y eternamente joven de la tierra.

EL HOMBRE

—Oh compañera, oh compañera,
hija del aire y de los puros elementos
y engendrada en el propio flanco de la materia.
Tampoco eres tú, aunque te hallas
tan cerca de la gieba maternal, tan cerca
de la cuna de arcilla que meció a mi gente,
y del árbol leal cuya madera
sirvió para construir numerosos lechos
incomovibles y severos como las tribunas de piedra.
Tampoco eres tú, que al mismo tiempo
te encuentras grávida y alegremente doncella,
con la gracia de la rama que sostiene un capullo
y a la vez un racimo donde la luz se transparenta.
Véte a buscar, por los senderos agrestes,
al hombre puro, de manos morenas,
y de alma agrícola como el pastor laborioso
que labra vasos en las noches de su sierra.
Tampoco eres tú, ángel fecundo,
que no has cruzado nunca la región aérea

porque eres el guardián de los graneros, y nodriza
del espíritu subterráneo que hace abundante la cosecha.

**

(Viene la noche, cargada de cerrojos,
y en torno del Hombre la soledad es tremenda
como el desierto. Dónde están las fuentes?
Dónde la música? Dónde se oye la voz de ellas?
Están danzando en los prados nocturnos,
o entremezclan sus bocas las alegres compañeras?
¡Oh blanda legión! ¡oh voluptuoso ejército!
que sólo entre flores se entrega
glorificando con sangre y lágrimas la fausta hecatombe.
Venid a mí. La noche está abierta).

CORO

Somos, sí, las alegres compañeras
y juntas como anillos de una sola
cadena te ofrecemos, hombre efímero,
la fecunda unidad de nuestras vidas.
Breve es tu reino: alcanza solamente
al círculo movible de tu sombra,
y el viento que hace estremecer la hierba
te despoja también del manto rojo.
Tu voz, caldeada por el santo espíritu,
y medida en el ritmo de tu sangre,
sube a golpear contra el eterno muro
y el tiempo la devuelve sin respuesta.
Sólo eres grande en la inquietud, y sólo
tu deseo de amar es infinito.
¡Naufrága en ese océano de tormento!
¡Húndete en ese golfo de belleza!
Fuera respira la insondable noche
como un pueblo agitado por la fiebre,
y el cielo en vibración semeja el vientre
de una mujer frenética que danza.
Envueltas en un círculo de fuego
y llevadas del mismo torbellino,
somos cada una la expresión distinta
del mismo eterno y breve sentimiento.

Y hémos aquí para ofrecerte toda
la plenitud de amor. De nuestras manos
fluye la vida indómita, y desbordan
ríos de universal conocimiento.
Tú puedes modelar en nuestro flanco,
como en un orbe plástico, la imagen
entrevista, no más, pero ya fuerte
que anima todo el limbo de tus sueños.
Tú puedes recoger en nuestras bocas,
como del agua de distintos ríos,

todo el sabor de la anchurosa tierra
coronada de pueblos y de cumbres.
Tú puedes perseguir en nuestro pulso,
y en la azulada red de nuestros cuellos,
un calor de distantes corazones
y un palpar unánime de razas.
Tómanos en la noche milenaria
que pesa sobre tí como el desierto,
y gústa en el sabor de nuestra sangre
la calidad eterna de la vida.

Allá lejos

Hiéreme, ¡oh muerte!
Cóge la flor abierta
de mis años. No dejes
que envejezca. Vén pronto.
Rómpe la hélice roja
de mi ambicioso corazón en pleno
volar sobre los curvos horizontes.
Paralíza mis brazos
que hunden el remo en las doradas aguas
del tiempo. Ata mis plantas
manchadas con la sangre del racimo
carnal. Apága el ritmo
de mis arterias cuyo golpe hiera,
en la noche de insomnio, mis oídos
con el rumor de agua subterránea.
Fájame con tu venda
como a un niño, y entrégame a los brazos
de la oscura nodriza que alimenta
las ávidas raíces de los árboles.
No ver la luz, no ver la luz creadora
que saca de su abismo inagotable
las infinitas formas de la vida.
No atisbar el espacio
que se puede beber con la mirada
como una copa azul llena de espumas.
No ver un rostro humano
ni oír una palabra.
Hiéreme, ¡oh muerte!

Ni el dulce mar en que naufragan tántas
riquezas, y que guarda entre sus aguas
fabulosas ciudades
hundidas como fúnebres navíos,
con sus copas de oro
y sus lechos cargados de mujeres.
Ni el mismo cielo eterno que sustenta
la arquitectura móvil de las nubes,
y traza la remota geometría
de las constelaciones misteriosas.
Ni el cuerpo adolescente
de una doncella, apenas sombreado
en sus pliegues recónditos por una

vegetación de suave terciopelo.
Nada podrá ligarme a la ribera
terrestre.

Vén, ¡oh muerte!

Quiero bajar los húmedos peldaños
afelpados de musgo, de la estrecha
galería que lleva hasta tu cripta
donde espera la esfinge somnolienta,
coronada de rosas inmortales.
Allí, al fulgor de las marchitas lámparas
que filtran una aurora penumbrosa
a través de los grises alabastros,
repararé la escena multiforme
de mi vida, los rostros conocidos,
y la imagen dorada de unos campos
que florecen aún, bajo otros cielos,
perdidos en el tiempo y la memoria.

